

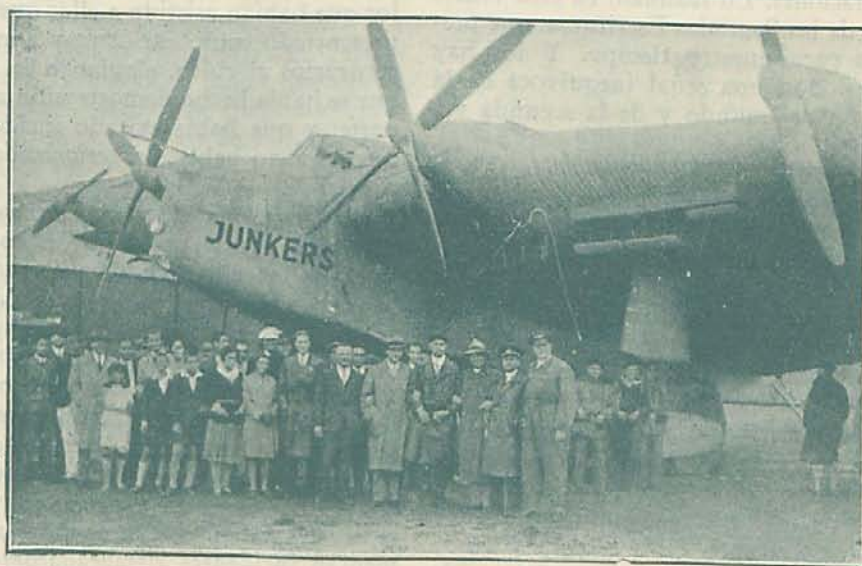
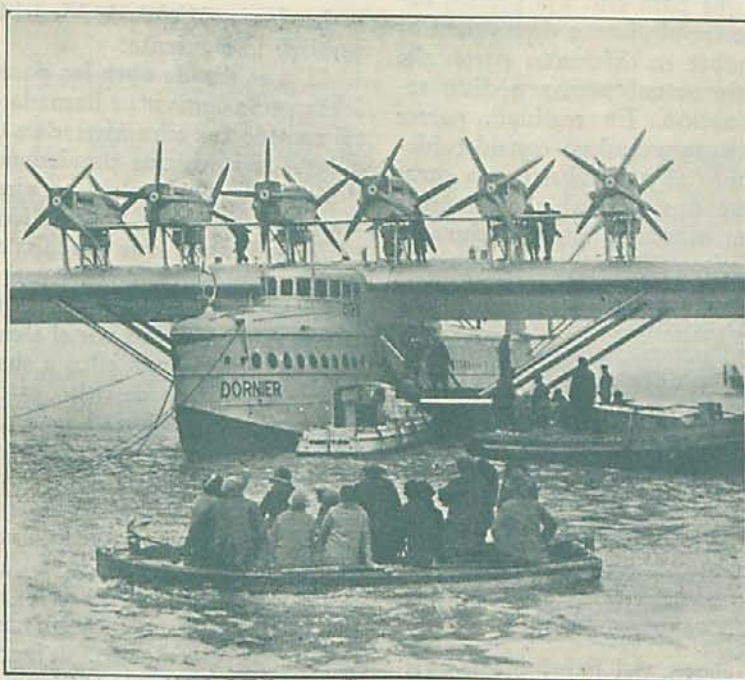
2
2113

1932

N 6

K
1041

Las Señales de los Tiempos



La aviación ha traído grandes beneficios a la Humanidad. Sin embargo, por el papel importante que desempeña, en la guerra, se perfecciona cada día más para poder hacer una obra destructora

Precio: 30 céntimos.

NOTICIAS COMENTADAS

En muchos países hay superabundancia de comestibles. Con la debida organización y un poco de caridad, todos los habitantes de este mundo tendrían cada día la necesaria comida. Por desgracia, no es así. La caridad o la abnegación no entran en los cálculos del comerciante que quiere tener un cierto margen de ganancia y que para ello fija precios demasiado elevados para estar al alcance de todos. Por tanto, reina mucha hambre en diferentes partes del mundo, y la civilización actual no ha podido resolver todavía esta situación. En realidad, parece que en muchos sitios va agravándose considerablemente la situación, debido al paro obrero y a otras causas, y hay casos que nos recuerdan el hambre terrible que reinaba en ciudades sitiadas durante mucho tiempo por ejércitos enemigos. He aquí un ejemplo relatado hace pocas semanas por los periódicos de lo que ocurrió recientemente en Polonia:

"Un campesino, cuya miseria le obligó a vender todo su ganado, decidió vender a su hijo, muchacho de dieciocho años, fuerte y robusto para el trabajo. El campesino y "su mercancía" fueron al mercado, y allí el padre hizo proposiciones de venta a muchos otros campesinos. Finalmente, encontró uno que se avino a comprarle el muchacho, que adquirió después del correspondiente regateo. Apenas había el padre percibido el dinero por la venta de su hijo llegó la policía, que deshizo la venta y encarceló al padre."

Triste episodio, por cierto, del hambre que existe, no en un país salvaje, sino en un país de Europa. Hace comprender la situación difícil que atraviesan hoy ciertas naciones. En realidad, en esto vemos el cumplimiento de las Sagradas Escrituras, que predijeron hambres para nuestro tiempo. Y los hay en muchos países. Son una señal inequívoca de la proximidad del fin del mundo y de la segunda venida de Cristo.

Se reconoce la importancia de un cuerpo sano para que la mente sea sana también. Pero, para tener un cuerpo sano, es necesario que sea limpio. Sin aseo no puede haber buena salud. Para que los diferentes órganos del cuerpo puedan funcionar bien, el cuerpo ha de ser limpio. Por tanto, todo el mundo debería tener la costumbre de tomar baños de limpieza muy a menudo. Esto contribuiría a una buena salud y no la perjudicaría, como a veces se piensa. La prensa habló recientemente de un caso, algo extraordinario en este respecto.

"Un singular "record" pudo adjudicarse el señor Pike, fallecido recientemente a los setenta y cinco años de edad. Llegó al África del Sur, procedente de Inglaterra, hace treinta y cuatro años, y se colocó allí, en Mossel Bay, como empleado de Correos. Durante esos treinta y cuatro años no se ha pasado ni un solo día sin que Pike tomase su baño de mar. En total ha tomado más de 15.000 baños, que, al

parecer, le han sentado excelentemente, pues, como hemos dicho, ha fallecido a la ya avanzada edad de setenta y cinco años."

Adoptemos, pues, la costumbre de tomar baños frecuentemente.

La *Hoja Oficial*, de Madrid, del lunes 9 de mayo publicó lo siguiente:

"En el día de ayer las parroquias de Madrid celebraron la festividad llamada del Dios Grande. Con tal motivo fué administrada a domicilio la comunión a los enfermos que previamente lo habían solicitado, y se dió en Madrid un ejemplo de gran tolerancia por católicos y no católicos.

"Los "autos" que ocupaba el clero oficiante, adornados con flores, recorrieron las calles de Madrid rodeados de fieles, sin que en momento alguno fuesen éstos molestados por el elemento no creyente, que iba confundido con ellos a sus quehaceres.

"Dichos actos de culto católico se efectuaron sin boato ni ostentación alguna. Dos guardias de Seguridad iban entre los concurrentes en funciones de orden. No hubo colgaduras, y sólo en las casas a que habían de acudir los sacerdotes a dar la comunión se ponían colgaduras, que eran retiradas apenas el clero volvía a encontrarse en la calle. La circulación de peatones y automóviles no se interrumpió en ningún instante, y los mismos asistentes a las procesiones facilitaban el tránsito, dejando libres en las paradas que frecuentemente hacía el séquito las aceras y bocacalles.

"Cuando las procesiones terminaron, lo mismo los que habían asistido a ellas que los que las habían presenciado como curiosos, y aun los indiferentes y contrarios al culto, elogiaban la amplia libertad de que se había hecho demostración ayer por una y otra parte, y que había evitado incidentes desagradables merced a no haberse exteriorizado la menor intransigencia."

La *Hoja Oficial* publicó este suelto con el título: "Respeto y tolerancia". Y es con este espíritu que se puede tener la verdadera libertad de cultos. Debemos respetar las ideas de los demás, y dejarles seguir libremente sus convicciones religiosas, puesto que todos queremos que los demás obren de esta manera para con nosotros. Y si no estamos de acuerdo con las creencias y prácticas religiosas de los demás, sin embargo, debemos mantener una conducta de amplia tolerancia hacia ellos. Tal actitud mantuvo el pueblo madrileño el día 8 de mayo, y si en todas partes se hiciera lo mismo, no tendríamos nunca que lamentar incidentes desagradables por este motivo. Cada cual debe tener una plena libertad de creer lo que a él le parece bien, y con la misma libertad debe poder practicar lo que cree. Además, todos deben respetar esta libertad.

R. G.

Redactor:
R. GERBER
Administración:
Covarrubias, 28
Teléfono 34155
MADRID

LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS

REVISTA MENSUAL

PRECIOS

	Ptas.
Número suelto . . .	0,30
Suscripción anual en	
España . . .	3,50
En el extranjero . . .	4 oro

AÑO 1932

MADRID

NÚM. 6.

¿Adónde va la Humanidad?

Por Salvador M. Iserte

«Los hombres son cual naves que pasan en la noche.
¿Adónde van, adónde?»

AMADO NERVO.

Si andamos por las calles de las grandes ciudades del mundo y nos fijamos en los rostros de los seres humanos que por ellas corren, nos vienen a la mente preguntas como estas: ¿qué pensamientos devoran los cerebros de estos hombres y mujeres? ¿Adónde van? ¿Cuál será para ellos la cuestión suprema de la vida? ¿Qué anhelarán? Lo mismo da que estemos en la Plaza de la Opera, en Charing Cross, en la Gran Vía, en las Ramblas o en Wall Street; por doquiera la misma gran cuestión se presenta vívida ante nuestros ojos, extasiados ante esos ríos de gentes: ¿Qué rumbo llevan todos estos mortales? ¿Qué brújula les guía? ¿Qué puerto les acogerá? ¿Adónde van?

¿Adónde?

Y esta voz hoy debe despertarnos como el "¿Dónde estás?" de Jehová conmovió a Adán después de haber pecado. ¿Adónde váis? nos pregunta Dios. Y nos lo pregunta hoy porque vivimos en el tiempo del fin, que, por fin, ha llegado a nosotros a pesar de todas las burlas del pasado. Hoy, cuando los potentes aldabonazos de los signos de los tiempos han resonado con fuerza en nuestros oídos, hoy "el mundo está en el mayor período de transición que jamás ha conocido", como dijo el Marqués de Lothian, subsecretario británico para la India, en el *New York Times*, el 3 de enero último.

LAS AVENIDAS TRÁGICAS

En cualquier orden de cosas en que fijemos nuestra atención nos confrontamos siempre y a cada paso con avenidas trágicas. Avenidas trágicas convergentes. Convergentes en un punto común, colosal, que es como el punto de un gran signo de interrogación.

Pasemos un vistazo rápido a estas avenidas que se estrechan por momentos indicando la inminencia de un gran acontecimiento, que todo el mundo presiente, pero que pocos comprenden de veras.



Monsieur Paul Doumer, presidente de la República francesa, vilmente asesinado hace poco.

1.ª EL PARO OBRERO

Esta es una avenida trágica por la cual camina la humanidad y de la cual es cada vez más difícil escapar. La crisis mundial del trabajo preocupa hondamente al mundo entero. De 25 a 30 millones de hombres aguardan en los mercados de la Tierra que alguien los contrate. La gigantesca lucha entre el Capital y el Trabajo se agudiza por momentos. Las huelgas aumentan. El fantasma del comunismo toma cuerpo. El número de partidarios de la anarquía crece. Los técnicos de Basilea, a cuyas instancias se convocó la aplazada conferencia de Lausana, han dicho:

"Los acontecimientos se han precipitado. Hacia fines de 1931, la crisis ha empezado singularmente y ha desquiciado, una tras otra, a la mayor parte de las monedas. Las dificultades se acumulan y si no se aplica remedio, se preparan otros trastornos. El paro ha aumentado. El declinamiento económico manifestado desde hace dos años y la miseria creciente, que ha sido su consecuencia, han producido una inestabilidad política que el mundo sufre de más en más." (Citado por Luz, 22-1-32.)

2.ª LAS ENFERMEDADES CRÓNICAS

El número de enfermedades y de enfermos ha aumentado mucho. Las enfermedades nerviosas están haciendo estragos. Los hombres ya no tienen nervios. Son los nervios que los tienen a ellos. En una sola nación han muerto en dieciocho meses por accidentes de automóvil, 50.900 personas. Un aumento de 298 por 100 sobre 1916.

Un autor dice que la mortandad por la diabetes ha aumentado en un 50 por 100 en diez años; y por la arteriosclerosis en un 250 por 100 en el mismo período. Porque lo más notable en esta avenida ha sido el crecimiento alarmante de las enfermedades crónicas. El cáncer ha aumentado en los últimos cincuenta años en un 500 por 100. Y no hablemos de la locura, que es la enfermedad de moda de los países más civilizados. Sólo en Estados Unidos el Estado sostiene 250.000 dementes y 50.000 entran anualmente por las puertas de sus manicomios. Una sola enfermedad crónica bastará en pocos años, siguiendo su curso actual, para acabar con la humanidad. Y si se reúnen varias, como el cáncer, la locura, la tuberculosis, entonces sí que no habrá remedio para esta pobre humanidad.

¿Adónde vamos, pues?

3.ª EL AUMENTO DEL CRIMEN

Esta avenida sí que es trágica y horrorosa. Por ella, el coche humano marcha a toda velocidad. Si nos asomamos a las ventanillas no vemos más que despeñaderos a los lados y el precipicio enfrente. Los conductores se preparan para dominar el vehículo al llegar a la curva inminente. Pero no podrán. El peso es demasiado, la velocidad es aterradoramente rápida. No pueden detenerlo. ¿Dónde se estrellará?

También aumenta el número de suicidios y de

tentativas de suicidio. Ya no se aprecia la vida humana. ¿Y por qué no suicidarse cuando no se tiene esperanza, cuando la vida es dura y amarga, cuando no se encuentra amor en el mundo y cuando no se contempla en lontananza más que el mayor cataclismo de los siglos?

¿Nos suicidaremos todos?

El desorden moral que existe en el mundo es espantoso. Vivimos en medio de una epidemia de crimen, una epidemia originada no en las selvas salvajes, sino en los focos de civilización. Esto es lo curioso. Sed de dinero y sed de sangre es lo que vemos diariamente. El espíritu del crimen que flotaba en el aire ha tomado forma en una organización poderosa, como hemos visto en el caso reciente del hijo de Lindberg.

4.ª LOS PREPARATIVOS PARA LA GUERRA

Estamos en la cuarta avenida. Los escollos son más gigantescos. Todos los pueblos temen y se recelan unos de otros. No nos engañemos. No se desarmen. Se arman más, sea por "seguridad nacional" o por cualquier otra causa o excusa.

Mirad a Alemania pidiendo la igualdad de armamentos. Si Alemania no puede esquivar una catástrofe fascista o comunista las consecuencias para el mundo serán gravísimas. La clave de la crisis europea está allí. Japón teme a Rusia. Rusia está en guerra con todo el mundo. Cuando el tiempo sea propicio, el gran Ejército Rojo se movilizará y su primera meta será China. En el desfile del 1.º de mayo en Moscú, habían varios miles de tanques y cañones de largo alcance, a fuer de 500 aviones de bombardeo. Es verdad lo que ha dicho en sus coplas César Alvarado:

"Hondas inquietudes
al mundo atenazan,
de una nueva guerra
se agita el fantasma."

"Los armamentos no caerán hasta que exista la confianza", decía el 25 de febrero el delegado español, Sr. Madariaga, ante la Comisión General del Desarme, y añadió ante la Conferencia: "En las actuales condiciones del mundo internacional, ¿creéis que la confianza puede germinar y florecer y sea capaz de producir un desarme inmediato? Es preciso renunciar a ese sueño."

Cada día se inventan nuevos procedimientos más mortíferos. Se afirma que se ha terminado, en todos sus detalles, un invento que permitirá, por medio del empleo de ondas hertzianas, enviar sobre ciudades situadas hasta a 1.600 kilómetros de distancia toneladas de bombas. Y no hablemos de los horrores de la guerra química o de gases, porque entonces sí que nos quedaríamos cortos. La población civil de las ciudades moriría en pocos minutos, sin respeto ninguno a la vida de las mujeres y de los niños.

Solemnemente nos volvemos a preguntar: ¿Adónde, adónde vamos?



Hay más crímenes que nunca.

5.^a EL INCREMENTO DEL VICIO

Por esta avenida la humanidad corre presurosa sin detenerse y sin pensar en dónde va a parar. Sólo se busca la satisfacción pasajera. Se ha adueñado de todos una sed insaciable de placeres. Muy pocos escapan de ella. El paro obrero, las enfermedades crónicas, el crimen por doquiera, los preparativos bélicos, todo ello lejos de detener la ola del vicio, no hace más que empujarla con más fuerza. El hombre se agota por la vida artificial. Cuando es joven, ya es viejo. Pero, ¿qué va a ser de nuestra raza?

6.^a TERREMOTOS Y VOLCANES

¡Cuántos horrores contemplamos en las regiones por donde pasa la sexta avenida! Terremotos como el de Nicaragua, inundaciones como la de China, tifones como el de Filipinas, volcanes como los de América del Sur, nos avisan de que la maldición se avecina. Y no olvidemos que "la maldición sin causa nunca vendrá". (Proverbios, 26 : 2.)

A continuación va una pequeña estadística de lo que han hecho los grandes terremotos solamente en estos últimos veinticinco años, contando nada más lo que se ha calculado:

- 500.000 muertos.
 - 250.000 heridos.
 - 1.400.000 sin albergue.
 - 510 pueblos destruidos.
 - 1.400 millones de pesetas de pérdidas.
- En verdad, la Tierra misma tiembla.

7.^a ATEÍSMO E IRRELIGIOSIDAD

El cuadro se completa con esta avenida. El ateísmo hace estragos en las filas religiosas. Las mismas naciones "cristianas" han perdido de vista al Cristo de la Biblia. Parece como si legiones de demonios hubiesen invadido las mentes de los hombres, que han desterrado a Dios de sus vidas.

No hemos exagerado el cuadro. Sólo hemos esbozado la realidad, la triste realidad. Si estudiamos por separado cada uno de estos siete puntos comprobaremos que las palabras anteriores no son más que unas pinceladas de un cuadro trágico. No hemos hecho más que elevarnos sobre la ciudad para tener una visión más clara del conjunto. Después de mirar cada árbol por separado, hemos subido a la cumbre de la montaña para ver el bosque en su totalidad.

¿CUÁL ES LA SOLUCIÓN?

El príncipe de Gales, dirigiéndose en el Albert Hall a la juventud de la raza británica de todo el mundo, el 27 de enero, decía:

"Tenemos delante de nosotros un mundo enfermo de pavorosa duda, abrumado por continuas desilusiones; un mundo de naciones turbadas, cuya necesidad vital es fe intrépida las unas en las otras. Es una era de abundancia potencial, cuando la confianza debería ser suprema, y, sin embargo, vemos extenderse por todos los países la calamidad y la perplejidad."

Diecinueve siglos ha que el Gran Príncipe describió la misma escena. "Habrá señales", dijo Cristo, "y sobre la tierra angustia de naciones perplejas", y añadió "desfalleciendo los hombres de temor, y en expectación de las cosas que han de venir sobre la tierra habitada". (Lucas 21 : 25, 26, V. M.)

¡Qué asombrosa semejanza de palabras!

La profecía ha dejado de ser profecía, es historia; historia que se escribe cada día en los anales del mundo.

Un paso más y estaremos en el precipicio.

Pero lo que no ha dicho el príncipe de Gales en 1932 lo dijo el Príncipe de la Paz continuando su profecía anterior: "Y entonces, verán al Hijo del hombre que vendrá en una nube con potestad y majestad grande." (Vers. 27.)

¿Es verdad que estamos al borde del abismo?

Verdad es.

Pero sobre el abismo y en letras resplandecientes, como grandioso anuncio luminoso que contrasta con la oscuridad de la noche, está escrito el mensaje sublime:

"LA VENIDA DEL SEÑOR SE ACERCA."

¿Se acerca! ¿Puede ser verdad?

Sí. Es inminente.

Después de la mayor catástrofe vendrá la mayor renovación.

Este es el remedio. Es un remedio divino. Es el único remedio. Hay factores superiores a las fuerzas humanas. Como ha dicho recientemente Miguel Clemenceau, el hijo de "El Tigre": "Algo fundamental de la naturaleza humana ha de cambiarse antes de que podamos esperar ver el fin de la guerra." Ese algo es el corazón humano, que necesita ser regenerado por el poder de Dios.

"Venid a mí", Cristo dijo. Y sus brazos, querido lector, aún están abiertos para recibirte.

Pero el tiempo es corto.

¡Oh, respondamos a su llamamiento! Hagámoslo pronto. Y cuando pronto el mundo se desplome en el precipicio, entonces los brazos de Jesús nos recogerán y nos salvarán de la ruina eterna. Pero para que él nos recoja en aquel día hemos de estar con él hoy.

Vayamos, pues, a Cristo.

Vayamos AHORA mismo.

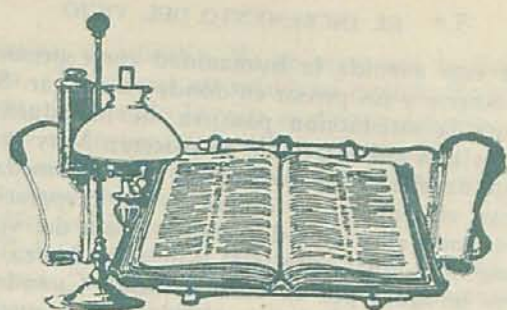
- | | |
|---|---|
| 1. ^a Paro obrero | → |
| 2. ^a Enfermedades crónicas | → |
| 3. ^a Aumento del crimen | → |
| 4. ^a Preparativos para la guerra | → |
| 5. ^a Incremento del vicio | → |
| 6. ^a Terremotos y volcanes | → |
| 7. ^a Ateísmo e irreligiosidad | → |
- }

Las avenidas trágicas.

LA REVELACION NATURAL ES INSUFICIENTE

Por el Profesor H. W. Clark.

La revelación de Dios en su Palabra ha de añadirse a la revelación de Dios en la naturaleza, para tener un cuadro completo del Soberano del Universo.



El naturalista y el científico tienen la ventaja de tener como campo de estudios las admirables obras del Arquitecto del Universo. Por todas partes se encuentran revelaciones del poder divino, y sea cual fuere el ramo de la ciencia natural que estudien, se encuentran cara a cara con la Inteligencia suprema. El naturalista llega a conocer mucho del carácter del Creador por la sencilla observación de sus obras. Pero la revelación de la naturaleza no es suficiente. Muchos ateos han aceptado la revelación de la naturaleza, pero se han opuesto a todo lo que representa el cristianismo. Tomás Paine, con todos los ataques que dirigió contra la religión cristiana, era un creyente en Dios y en la naturaleza como revelación de Dios. Si el cristianismo tiene algún valor, ha de descansar sobre algo más que una base científica, sobre algo de más alcance que la revelación natural.

El estudio de la Química revela una parte del carácter de Dios, su grandeza en las cosas pequeñas; la Astronomía revela su minuciosidad en las cosas grandes; la Botánica y la Zoología demuestran su poder manteniendo las intrincadas relaciones de la materia orgánica. Todas estas ramas de investigación enseñan lecciones importantes, pero sólo pueden ser lecciones objetivas para ilustrar verdades más profundas que la mente ha de comprender. Las leyes que gobiernan las relaciones físicas y químicas no bastan para el gobierno de seres humanos pensadores, ni pueden tampoco las leyes fisiológicas dar la razón de las verdades espirituales y morales, aunque esas leyes puedan ilustrar grandes verdades espirituales.

POR QUÉ SE REVELA DIOS

La presencia misma en este mundo de seres razonables, morales, espirituales, demanda que el Ser que aquí los ha colocado tenga con ellos alguna comunicación. Además, esta comunicación ha de ser adecuada a la inteligencia de aquéllos. Se negaría el principio fundamental del universo, el pensamiento inteligente, al decir que una Inteligencia Suprema creó seres razonables y pensadores para dejarlos aprender luego su voluntad en cuanto a ellos por un proceso lento y tedioso. Ha de haber una revelación más elevada que la que se obtiene por el estudio de hechos científicos. Esta revelación ha de ocuparse de la verdad moral y espiritual.

La naturaleza es amoral. No quiere esto decir

que no haya moralidad en la naturaleza, sino que la moralidad es el resultado del reconocimiento de ciertas leyes y reglas que están por encima de lo físico y de lo fisiológico. No se conoce la moralidad en el mundo inferior. De la misma manera en que no existe el pensamiento en los minerales, tampoco existe la moralidad en los animales. Pero las relaciones de la humanidad están por encima del plano animal y ha de haber una revelación directa de la verdad moral si la moralidad del hombre ha de ser algo más que la animalidad exaltada.

La moral cubre el campo de las relaciones humanas, pero el hombre reconoce que tiene ciertas obligaciones hacia un poder superior, y así es posible la vida espiritual. Para esto no hay explicación ni idea en el mundo inferior. Los animales nada saben de un código abstracto de leyes basado sobre principios; el hombre comprende la importancia de las leyes, de la ética, de la espiritualidad, porque tiene en sí una partícula de la divina naturaleza que los animales no tienen, y por medio de esta divina naturaleza siente su parentesco con su Creador. Las verdaderas cosas de la vida no son las cosas que se ven, sino más bien los lazos invisibles que unen a los hombres entre sí y con su Dios. Toda Sociedad, Gobierno o Religión, y de hecho toda organización, dependen de ese poder que tiene la mente humana de reconocer la existencia de principios basados en verdades más sublimes que las que produce el mundo natural.

LA ESPIRITUALIDAD DEL HOMBRE

Si no fuésemos más que animales, no sería posible la revelación de Dios, a menos que se mostrase corporalmente. Si viviésemos solamente en el mismo plano que los animales, o en un bajo nivel de inteligencia humana, poca revelación sería posible, y ésta tendría que obtenerse por una instrucción arbitraria. Pero, siendo que el hombre tiene extensas posibilidades en su naturaleza, se le pueden revelar verdades morales y espirituales. Y tal revelación tiene que hacer Dios si quiere obrar con rectitud para con sus criaturas.

Siendo que el hombre es un ser esencialmente espiritual y Dios es un Ser espiritual, la revelación de Dios al hombre ha de ser de naturaleza espiritual. Para ser del orden más elevado, tiene que ser directa, hablada por Dios a sus seres creados. El Espí-

ritu de Dios ha de hablar directamente al espíritu del hombre. Esto no ha de ser difícil de comprender. Cuando hablamos directamente, de corazón a corazón, de mente a mente, usamos los medios directos de lenguaje como los más efectivos que conocemos para comunicar nuestras ideas. Así hemos de esperar que Dios use el lenguaje humano como el medio más directo de entrar en contacto con nosotros. Las ideas que el Espíritu de Dios quiera imprimir en la mente humana han de ser expresadas en lenguaje humano, ya sea escrito o hablado.

¿Qué encontramos, pues, en este mundo que dé a entender que es la palabra o la expresión de la voluntad de Dios en las cosas espirituales? Buscad donde queráis y no encontraréis nada fuera del canon de las Sagradas Escrituras que soporte las pruebas que esa revelación demanda. Otras religiones tienen sus escritos sagrados, pero ninguno de ellos puede ofrecer pruebas razonables de que tienen la Palabra de Dios al hombre. Algún lector puede a primera vista sentirse inclinado a modificar esta declaración; pero al tal sólo podemos aconsejarle un estudio cabal de las evidencias internas de la Escritura, comparándola con otros escritos sagrados. Lo que la Biblia pretende ser y su consistente representación de los principios de la verdad divina, la harán sobresaliente como el único libro que puede mantenerse contra toda crítica.

UN LIBRO INFALIBLE

El cristianismo se basa en la Biblia, y, o la Biblia es verdadera o el cristianismo es un fracaso, un engaño, un fraude. Y es cosa universalmente admitida por cristianos y no cristianos que la Biblia contiene el código más elevado de la verdad moral y espiritual que existe en el mundo. El cristianismo es la más alta manifestación de espiritualidad entre los hombres. Si no es verdad, si la Biblia no es la Palabra de Dios a los hombres, no hay otro sitio a donde mirar. Hemos de tomar la Biblia o negar toda revelación directa.

La aceptación de la Biblia como revelación directa de Dios al hombre, es una de las afirmaciones fundamentales de los que creen en la creación, de los que creen que Dios crió este mundo tal como las Escrituras aseguran que lo hizo. Es tan imposible comprender la ciencia, si no es como obra de las manos de Dios, como es imposible comprender la religión si no es como una verdad revelada. Estos son dos principios básicos, y sobre ellos se edifica la ciencia de la creación.

La Biblia no es un libro de texto científico; pero al hablar lo hace de acuerdo con la verdad científica, porque su Autor es también el Autor de la ciencia. Es cierto que gran parte de la Biblia está escrita en un lenguaje comprensible de aquellos a quienes iban dirigidos sus mensajes, y a la luz de tal hecho, no podemos esperar que use los modernos términos científicos. Pero, cuando habla de sucesos

o de principios, su inspiración del Espíritu de Dios hace que diga la verdad, no importa cuáles sean las teorías humanas. Basados en este principio, los que creen en la creación consideran la lectura del Génesis como el relato de hechos veraces y no como fábulas o como cuentos de hadas. Aunque no podemos leer en la narración del Génesis lo que no está allí, encontramos que puede interpretarse de acuerdo con los conocidos datos científicos. Es el histórico relato de un suceso, aunque no pretende explicar todos los hechos científicos que contiene.

El creyente en la creación no tiene la libertad de insertar teorías humanas en la narración del Génesis; él tiene que tomarlo tal como está y leer el informe de los hechos tal como es dado. El único punto en que la crítica científica desempeña su papel es en el de dar a conocer las leyes que gobiernan los fenómenos naturales allí citados, y así ayudarnos a comprender dicho relato.

Basados, pues, en este fundamento filosófico podemos seguir edificando la ciencia de la creación. Si al fin nuestras conclusiones resultan erróneas, será por haber puesto una base errónea a nuestra ciencia. Pero, ya que los ateos y los escépticos no han podido darnos una interpretación de la ciencia desde el punto de vista mecanicista o impersonal, empecaremos con la verdad fundamental de un Dios personal, y con la Biblia como Palabra de Dios. Edificando sobre su inspirado relato de la creación un estudio científico de la tierra y su vida, procuraremos llegar a todas nuestras conclusiones de acuerdo con nuestros asertos fundamentales.



El hombre es muy superior al animal en el sentido moral, porque el animal no tiene ninguna idea de obligaciones morales.



El papa Pío XI al dirigirse, en su silla gestatoria, a la Basílica de San Pedro para la canonización de las beatas Lucía Filippini y Catalina Thomas.

Respuesta de los Adventistas del Séptimo Día a la encíclica del papa Pío XI «Lux Veritatis»

Con grave formalidad y dignidad de expresión, propias de aquel que pretende ser el Vicario de Cristo, el Sucesor de San Pedro, cabeza de la única verdadera iglesia de Dios en la tierra, Pío XI, el Papa de Roma y el rey del Estado Vaticano, ha publicado de nuevo, oficialmente, algunas de las elevadas arrogaciones y enseñanzas dogmáticas de la iglesia católico-romana. Nosotros, que representamos el cuerpo de cristianos conocidos por "Adventistas del Séptimo Día", le concedemos pleno derecho de hacerlo, como un libre ciudadano del mundo habitado. Hemos leído atentamente su Encíclica *Lux Veritatis*, publicada en el décimoquinto centenario del Concilio Eucuménico de Efeso, y reconocemos la forma cortés en que se refiere a los "muchos que se han separado de la Seda Apostólica hermanos e hijos muy queridos de nosotros".

Como protestantes, no incluidos entre los miembros de la iglesia católico-romana, y sin embargo creyentes sinceros de la deidad de Jesucristo, que aceptan su misericordia perdonadora y su gracia salvadora como única esperanza, consideramos propio dar una respuesta a la invitación del Papa "Que todos vuelvan a nosotros". Y, aunque podamos usar la misma sencillez de lenguaje que él en su Encíclica al referirse a Arrio como el "más nefario destructor de la unidad católica", queremos hacerlo, sin embargo, en el amor de la verdad y con el debido respeto hacia aquellos que difieren de nosotros.

Consideramos la preservación de las doctrinas de la Biblia, inalteradas por cualquier acción eclesiástica, e incorruptas por la tradición o por soplo alguno de herejía, como de mayor importancia que la mera unidad exterior de una organización, y porque estamos firmemente convencidos que el credo del Concilio de Trento, interpretado y promulgado por la autorizada enseñanza de la iglesia católica, sobre todo en el "Catecismo del Concilio de Trento", constituye una grave desviación de la "fe una vez dada a los santos", nos permitimos expresar en los siguientes párrafos lo que consideramos como verdades fundamentales del verdadero cristianismo, y nuestro disenso de las enseñanzas y prácticas de la iglesia católico-romana en cuanto a estos asuntos.

1. Las Sagradas Escrituras compuestas del Antiguo y del Nuevo Testamento según el Canon protestante, son la única autoridad infalible en asuntos de fe y práctica. Por consiguiente, no podemos aceptar las declaraciones *ex-cathedra* del Papa, ni los decretos de los concilios, ni las tradiciones de la iglesia romana como una razón suficiente para desviarnos de las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios.

2. El eterno Hijo de Dios asumió la naturaleza humana para "venir a ser misericordioso y fiel Pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo". Así "tenemos tal Pontífice que se asentó a la diestra del trono de la Majestad en

los cielos; ministro del santuario, y del verdadero tabernáculo que el Señor asentó y no hombre", el cual es "sacerdote para siempre según el orden de Melchisedec", "el cual no es hecho conforme a la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida indisoluble". Así que "teniendo un gran Pontífice que penetró los cielos, Jesús el Hijo de Dios", no podemos aceptar al Papa como pontífice, ni a ninguno de los que por su autoridad han sido ordenados como sacerdotes en lugar del Sacerdote celestial, ni podemos aceptar templo alguno con sus servicios de orden terrenal, en lugar del templo celestial con su servicio de orden celestial.

3. Siendo que nuestro Pontífice ha "ofrecido un solo sacrificio para siempre", "ofreciéndose a sí mismo", no podemos aceptar ninguna repetición de este sacrificio. Así como bajo el sacerdocio de Aarón, aunque divinamente ordenado, "la sangre de los toros y machos cabríos no podía quitar los pecados", mucho más imposible es que un sacrificio ordenado tan solo por autoridad humana pueda quitar los pecados. No podemos aceptar la pretensión que el poder creativo haya sido conferido a ningún ser humano capacitándolo para transformar el pan y el vino en el verdadero cuerpo y sangre de Cristo para ofrecerlo a Dios, "para representar y continuar el sacrificio de la cruz" (1). Siendo "obediente hasta la muerte, y muerte de cruz", nuestro bendito Señor terminó con todos los sacrificios terrenales, "porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados". Estamos de acuerdo con la Enciclopedia Católica-Romana (2) "que la Misa es el asunto más conspicuo de la religión católica", pero afirmamos que es una ceremonia irrazonable y que no está de acuerdo con la Escritura.

4. La Palabra de Dios declara positivamente que hay "un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre", y que "por él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre". Por consiguiente no podemos admitir ninguna mediación de parte de sacerdotes, santos o la virgen María. Con agradecimiento podemos decir: "Bendita tú entre las mujeres", y designarla como madre de nuestro Señor en la carne, pero no encontramos base alguna en la Escritura para venerarla como madre de Dios.

5. En virtud de la muerte propiciatoria de Cristo en el Calvario, tenemos "libertad para entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo, por el camino que él nos consagró, nuevo y vivo, por el velo, esto es, por su carne". Todo el que cree en Jesús puede, por consiguiente, llegarse "confiadamente al trono de la gracia" en el nombre que es sobre todo nombre. Siendo que "Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí" y nuestro Mediador es Dios-hombre, no hay necesidad alguna de mediadores humanos. Una doctrina tal pone en

tela de juicio la suficiencia de "un Mediador", y priva al suplicante del libre acceso a su Salvador.

6. Justificación por la fe es la expresión del evangelio, que lo abarca todo, y "por las obras de la ley ninguna carne se justificará". "Pero en la raíz misma de la relación de las criaturas con Dios, y para que Dios admita a la criatura en su comunión, está la obediencia". Esta obediencia, sin embargo, es el testimonio de la autenticidad de la fe que justifica más bien que el motivo de la justificación. La justificación verdadera la obtiene directamente por la fe el pecador arrepentido. No podemos, pues, aceptar la doctrina de los méritos de las buenas obras, ni el valor de las penitencias.

7. Los méritos de Cristo son lo único y lo suficiente para que el pecador sea acepto de Dios. La doctrina de las "superabundantes satisfacciones de los santos" y de la autoridad de todo sacerdote humano o congregación de sacerdotes de disponer de ellas, es una invención sin autoridad alguna de la Palabra de Dios.

8. Según las enseñanzas de las Escrituras, Dios dió a su Hijo para ser "cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo", y, por consiguiente, no estamos dispuestos a aceptar a hombre alguno como cabeza de la iglesia. Hay sólo un "Padre Santo", aquel a quien Jesús llamó así. Por tanto, ningún hombre tiene el derecho de sentarse en el templo de Dios, y, apropiándose el divino título de Padre Santo, ponerse en lugar de Dios.

9. Desde el día de Pentecostés, el Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu del Dios-hombre ha sido el verdadero Vicario de Cristo en la tierra. La enseñanza que el Papa es el Vicario de Cristo, es una subversión de la verdad, y si se acepta, priva lógicamente al pecador de la divina e interna presencia del Espíritu Santo, tan esencial para una verdadera experiencia cristiana.

10. Los que dejan esta vida entran en un estado inconsciente de reposo, representado en las Escrituras como sueño, y así quedan hasta el día de la resurrección. Por consiguiente, no podemos aceptar las prácticas católico-romanas de orar ni a los santos ni a la virgen María, ya que están en un estado de inconsciente reposo. La doctrina del purgatorio, según la cual, existe "un lugar de sufrimiento en el cual las almas de los justos completan la expiación de sus pecados antes de entrar en el cielo" (3) es contraria a las Escrituras, y es una atrevida perversión de la justicia de Dios. Rechazamos, pues, en absoluto esta doctrina católico-romana.

11. Dios ha dado al hombre libertad de conciencia, y ninguna iglesia tiene el derecho de invocar o usar el poder del Estado para gobernar la fe o la práctica religiosa de un individuo cualquiera. Por tanto, no podemos aceptar la doctrina católico-romana de la unión de la iglesia y el Estado, con la iglesia encima del Estado, y sus lógicas consecuencias, que son la persecución de los herejes a requerimiento de la iglesia. Consideramos este modo de

(1) "Manual of Christian Doctrine". Por un profesor de Seminario. Imprimatur, Patritius Joannes, Arzobispo de Filadelfia, p. 438.

(2) The Mass. T. IX, p. 800.

(3) "Manual of Christian Doctrine". Por un profesor de Seminario, p. 145.

obrar como subversivo de los mejores intereses de la iglesia y del Estado y del todo contrario al espíritu y enseñanzas de Jesús, quien, cuando los discípulos sugirieron que se pidiera que el fuego del cielo cayese sobre aquellos que no querían recibirles, les reprendió.

12. El séptimo día de la semana, comúnmente llamado Sábado es el descanso del cuarto mandamiento, que conmemora la creación del mundo. Cristo y sus discípulos lo observaron, como también las iglesias cristianas primitivas. El cambio de la observancia al primer día de la semana, comúnmente llamado domingo, ha sido establecido en firme por una decisión de la iglesia católico-romana, y los escritores católico-romanos lo presentan como una señal de la autoridad de aquélla. No podemos aceptar acuerdo tal ni conformarnos a la enseñanza o práctica de la iglesia romana en este respecto.

Podríamos referirnos a otras vitales doctrinas bíblicas, cuya creencia por parte nuestra nos impide aceptar la invitación del Papa de entrar en la iglesia católico-romana; pero no es necesario desarrollar más extensamente nuestra posición. Es perfectamente claro, aun para el lector casual, que es tan imposible para nosotros ser miembros de la iglesia romana como para el Papa ser miembro de nuestra iglesia, siendo que nuestras doctrinas están en absoluta oposición. Nuestro más ferviente deseo es de "guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz"; pero no podemos aceptar una unión que implica la violación de nuestras conciencizadas convicciones en cuanto a la verdad del evangelio.



Guardia
suiza del
Vaticano
de media
gala.

¡TENED FE EN DIOS!

Por G. W. Schubert

La mayor parte de los hombres sufren en esta vida. El dolor, la enfermedad, la desilusión, la muerte, no retroceden ante el palacio del rico, ni ante la choza del pobre. La adversidad, como la miseria, parecen ser el destino de muchos millones de seres humanos, que habían esperado en su juventud, algo mejor de la vida. Los acontecimientos imprevistos, las desgracias, las circunstancias críticas, la maldad de los hombres perversos, la falta de experiencia en los distintos factores de la vida pueden hacer perder la confianza en la vida y en los hombres.

Alguien se encontrará en presencia de su dicha destruida y preguntará: ¿Por qué? ¿Por qué debo yo sufrir todo eso? Esta pregunta puede ser justificada; sin embargo, lo importante es que reciba la verdadera respuesta. Y si tiene tan sólo un poquito de fe en el Dios viviente, fe como un grano de mostaza, entonces hallará también una contestación a su pregunta que le hará fuerte, confiado y contento en todas las circunstancias adversas. A todos aquellos que "piden" y "buscan", se dirige especialmente la promesa: "Buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá."

¡Ten fe en Dios! Ve con todas tus cargas y dolores a él. El tiene una respuesta para todo. Tú le perteneces porque él te creó. Tú eres su propiedad en doble medida porque te redimió. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna." Es posible que en la lucha de la vida, en tu amor a costumbres pecaminosas, en tu apego al mundo, no hayas prestado oído a la voz sutil del Espíritu de Dios que amonesta, y has inclinado tu corazón a las cosas fútiles de este mundo. Pero Dios te ama como Padre omnisciente, y mientras tú perseguías egoístamente tus propósitos mundanos, el bondadoso Padre celestial anhelaba tu eterno bienestar.

Los caminos de Dios no son los nuestros, y sus pensamientos no son nuestros pensamientos; de ahí viene la cruz que llevamos en el camino de nuestra vida. Los pensamientos y caminos de Dios son pensamientos y caminos de paz. Y en todo sufrimiento, el hombre que tiene fe en Dios oye la voz consoladora de la gracia divina en las palabras que encierran esta promesa: "Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis." (Jeremías 29 : 11.) Estas palabras fueron dirigidas a los israelitas cuando, por causa de su desobediencia contra Dios y sus disensiones, fueron arrancados de Jerusalén y de sus país como cautivos, y se hallaban en Babilonia. Todas las amonestaciones dadas por los profetas para mantener al pueblo de Israel en el camino recto y cerca de Jehová, no sirvieron de nada. El fuerte azote de la guerra y las calamidades consiguientes debían sobrevenir a ese pueblo rebelde y obstinado. Después que se hubo cumplido todo lo que los profetas habían

predicho, y que el pueblo no había querido escuchar, quedó aclarado el propósito de tales vicisitudes. Lo que parecía ser una gran desgracia nacional, fué, en la mano de Dios, un medio de bendición. Sí, la tribulación es bendición divina. La semilla de la misericordia y de la palabra divina halla un terreno bien preparado en el corazón enternecido por el dolor y la aflicción, y el hombre alejado de Dios por el pecado es de nuevo atraído a él mediante esa eficaz potencia. La primera bendición que entraña la aflicción está expresada por las palabras del profeta: "Jehová, en la tribulación te buscaron: derramaron oración cuando los castigaste." (Isaías 26 : 16.) Tened, pues, fe en Dios, vosotros los que sufrís.

El poder creador de Dios está obrando por el evangelio, que es "potencia de Dios para salud a todo aquel que cree." (Romanos 1 : 16.) Todo lo que el hombre débil necesita para librarse de los lazos del pecado y de Satanás, es la fuerza de lo alto. Por tanto, tened fe en Dios, vosotros los que tenéis un conocimiento de la voluntad divina, vosotros los que queréis ser librados de las pasiones y pecados que esclavizan vuestro espíritu y cuerpo. En el evangelio hay ayuda para vosotros. No os desesperéis porque el enemigo os haya derrotado en un momento de inadvertencia. Creed en la promesa: "La ley empero entró para que el pecado creciese; mas cuando el pecado creció, sobrepujó la gracia." (Romanos 5 : 20.)

¡Tened fe en Dios vosotros, los enfermos y débiles! Leed el relato de Bartimeo el ciego. (Marcos 10 : 46-52.) Podemos aprender mucho de este hombre. Sabemos que se presentan muchos obstáculos y dificultades en el camino de un ciego. Además, el hombre era pobre y mendigaba. Aparentemente era uno de los casos más desesperados, pues todos los ojos estaban fijos en el Salvador, y nadie pensaba en el ciego. De todo el gentío que vino de Jericó acompañando al gran Médico, nadie había aconsejado al ciego que se dirigiera a Jesús. Sin embargo, los ciegos tienen generalmente una vida interior muy intensa. Bartimeo buscaba a Dios, y cuando supo que Jesús de Nazaret pasaba, se acordó de todo lo que había oído acerca de él. ¡Ahora o nunca! pensó Bartimeo, y empezó a clamar en alta voz: "Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí." Empezó a clamar sin ser incitado por nadie. Su imperiosa necesidad era una razón suficiente. Era consciente de lo que le faltaba, y sabía que sólo el Señor podía devolverle la vista. Tuvo, pues, la iniciativa de dirigirse directamente al Salvador sin esperar una invitación especial. Puede haber causado una gran confusión en la calle el que el ciego comenzara a clamar tan fuertemente; con seguridad muchos habrán encontrado fuera de lugar que gritara con tanta vehemencia, y quisieron hacerle callar. Pero Bartimeo gritaba aún más, pues sabía cuánto dependía de ese clamor. Aprovechaba la oportunidad que se le presentaba. La oposición de la gente parecía duplicar su energía. El Salvador lo oyó, y mandó llamarle. "Y llaman al ciego, diciéndole: Ten confianza: levántate, te llama."

El Señor conoce cada alma que le busca. El mis-

mo despierta en los débiles en la fe ese anhelo por su misericordia y ayuda. El solo deseo que infunde, es una obra especial de la gracia divina en el corazón humano. El Padre celestial anhela intensamente dar su ayuda a sus hijos que la necesitan, así como una madre socorre a sus criaturas.

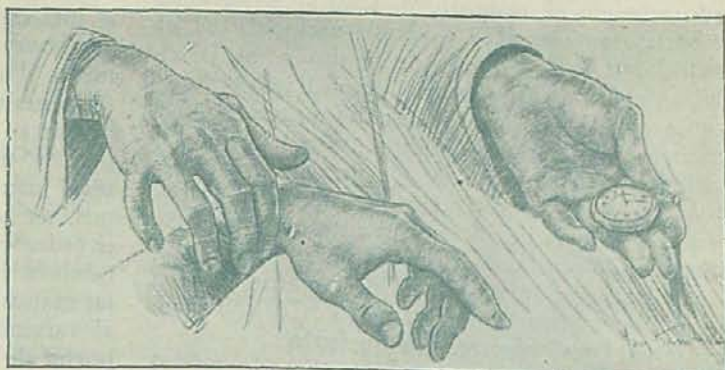
Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será añadido. Lo "demás" nos parece con frecuencia a nosotros, humanos, ser lo más importante. Invertimos a menudo el orden real de las cosas. Por esa razón nos vienen también todas las dificultades, que llegan a ser, en las manos de Dios, medios eficaces para conducirnos al camino recto. El horno de la aflicción es un horno de depuración, en el cual el oro de la fe se purifica separándose de la escoria del mundo y del pecado. Cuanto más largo sea el proceso de la fundición, tanto más puro será el oro. Así es que toda prueba de los creyentes está relacionada con opimas bendiciones. Pues lo que nos hace dignos de entrar en el reino de la gloria es un carácter semejante al de Cristo. La redención significa una perfecta reproducción de la imagen de Dios en los hombres. La fe cabal por una parte, y la gracia de Dios en el corazón humano por otra, son los dos factores que obran juntamente para alcanzar el blanco. El sufrimiento, el dolor y la tribulación de toda clase ejercen su benéfica influencia sobre aquellos que confían en Dios en todas las circunstancias, que no miran lo visible, sino más bien lo invisible, la gloria suprema. "Porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas." (2 Corintios 4 : 18.)

Por tanto, ¡tened fe en Dios!



Los enfermos tenían fe en Cristo y en su poder para sanarlos.

LOS SÍNTOMAS DE LAS ENFERMEDADES



Tomando el pulso.

Los síntomas son indicios o signos de enfermedad. Es esencial que la madre o enfermera aprenda a descubrir las condiciones excepcionales o desviaciones de lo normal. En caso de enfermedad, los cambios leves pueden significar mucho, y la enfermera observadora aprenderá a notarlos correctamente y a dar un informe exacto de ellos al médico que atienda al enfermo. No deben pasarse por alto los síntomas, porque, aun cuando sean triviales, pueden tener un significado importante; pero ha de ejercerse sumo cuidado para no mostrar alarma ni excitar al paciente o a sus allegados.

Como una onza de prevención vale más que una libra de curación, así el tratamiento temprano es mejor que el tardío. En el curso de la enfermedad, los síntomas son los indicios del progreso hecho para bien o para mal. Ellos también indican comúnmente la clase de tratamientos que se necesitan.

Debe observarse cierta precaución, a saber: que sólo una persona bien preparada debiera atreverse a diagnosticar la naturaleza de la enfermedad por los síntomas manifestados. Nunca debe tomarse como guía un solo síntoma, sino que todos los síntomas han de ser considerados juntos en su relación el uno con el otro. El médico es el más autorizado para interpretar su significado. Los síntomas pueden hallarse muy distantes del verdadero centro de la dificultad. Un dolor de cabeza, por ejemplo, puede indicar algún trastorno pélvico, indigestión o una afección nerviosa. Ninguna persona sin preparación debiera ponerse a diagnosticar un mal o prescribir el remedio que le sea adecuado.

El paciente no debe participar en la observación de los síntomas. Estos deben ser notados por la enfermera como parte de su trabajo diario.

No hemos de hacer de los síntomas el verdadero propósito del tratamiento y tratar de detenerlos o reprimirlos como tales. Ellos nos indican que hay una dificultad en alguna parte y están presentes únicamente porque existe una causa. Cuando es quitada la causa, los síntomas desaparecen. Podemos acallar la voz de los síntomas sin quitar la causa, como ocurre al calmar un dolor de cabeza con polvos, o aliviar otro dolor con alguna preparación de opio. Los

síntomas pueden ser bien considerados como señales de advertencia que han de atenderse y no destruirse.

Dolor.—Este síntoma indica que algo anda mal. Una persona sana no sufre dolor. El dolor es una cosa real; no puede imaginarse, y se siente solamente mientras se tiene conocimiento. Su intensidad es conocida solamente por el que lo siente, y no puede siempre describirse exactamente. Algunos, especialmente los pacientes histéricos, pueden exagerar su agudez, mientras que otros que pueden soportarlo mejor, la reducen. El observador puede notar en parte su efecto, ya sea porque causa inquietud, o si es peor en una posición que en otra, si se acrecienta por el calor o el frío, y qué relación tenga para con las horas de comer y para con la clase de alimento ingerido. El dolor puede ser descrito de diversas maneras. Puede ser punzante, palpitante, sordo, agudo, espasmódico, continuo, leve o fuerte. La enfermera debe tomar cuidadosamente nota del carácter del dolor y otras observaciones, e informar al médico con la mayor exactitud posible.

En los dolores abdominales el paciente tiende a encoger las piernas para relajar o aflojar los músculos. Si el dolor es en la cabeza, puede que el paciente levante la cabeza para impedir que afluya hacia ella demasiada sangre. Los dolores punzantes son originados comúnmente por enfermedad de los tejidos nerviosos o por presión causada sobre el nervio por algún crecimiento o cuerpo extraño. El dolor palpitante es constante, pero más agudo con cada pulsación, debido a la presión sanguínea ejercida sobre los filamentos nerviosos por cada latido del corazón. Se presenta en los diviesos o forúnculos. Un dolor "horadante" se debe generalmente a una presión, y cesa cuando ésta desaparece.

Pérdida del apetito.—Este síntoma no es necesariamente grave. Es a menudo la protesta de la naturaleza contra la alimentación excesiva, y se impone tal vez un corto ayuno. La pérdida del apetito va generalmente acompañada de escasez de jugos digestivos, por lo cual es mejor no introducir alimento en un estómago que no está preparado para recibirlo. Pero si la pérdida del apetito se prolonga, llega a ser un asunto grave, especialmente si va acom-

pañada de vómitos u otros indicios de trastornos digestivos. Una persona enferma puede quejarse de no tener apetito porque el alimento no le llama la atención. Esto puede remediarse mediante una cuidadosa elección de alimentos tentadores, delicadamente presentados. La secreción de los jugos digestivos y el apetito en general pueden estimularse mediante alimentos atrayentes, de aroma apetitoso, o probando alguna cosa agradable al gusto.

Los escalofríos indican a menudo el ataque inicial de la fiebre, en el cual la sangre es atraída de la superficie al interior del cuerpo. Por lo común, cuando el paciente siente escalofríos, la temperatura interna es más elevada que la normal y continúa elevándose. Es una advertencia, especialmente en tiempo de epidemia de influenza u otra enfermedad, y el paciente deberá ponerse en cama sin demora. Algunas veces un escalofrío indica que se está formando pus en alguna parte del cuerpo.

El insomnio puede ser causado por algún dolor, coqueón o alguna otra molestia, o por congestión cerebral debida a alta presión de la sangre. Puede acompañar a alguna enfermedad infecciosa; y en ciertos desórdenes mentales y nerviosos es muy persistente. El insomnio es frecuente en los ancianos, y va generalmente acompañado de somnolencia durante el día. Algunas veces es también resultado de indigestión. Una persona normal puede no dormir bien después de haber oído noticias malas o excitantes. Las personas que llevan consigo a la cama las preocupaciones de sus negocios o trabajos, o se levantan en las primeras horas de la mañana tratando de resolver algunos de los intrincados problemas del día, necesitan un descanso y un cambio. La enfermera debe tomar nota de la naturaleza del sueño: si es éste profundo, ligero, sosegado o intranquilo.

La tos puede ser sencillamente un esfuerzo para expeler el polvo o mucus de la garganta y pulmones, o puede acompañar a la bronquitis, pulmonía o tuberculosis. Es mucho mejor cerciorarse de la causa de la tos y tratarla que intentar meramente reprimir la tos. Debe observarse si la tos es continua o espasmódica, si es penosa o va acompañada de expectoración y si el esputo tiene una apariencia fuera de lo común.

Fiebre.—La temperatura tomada en la boca que pase de 37° es significativa en proporción al grado de su elevación, pero más significativa en caso de adultos que de niños. En los niños la fiebre se produce y desaparece de repente por causas leves. Un aumento de un grado en la temperatura de una persona de sesenta años es comúnmente más grave que una elevación mayor en un niño. Una piel caliente y seca es generalmente el complemento de las fiebres. Una piel fría y húmeda es un síntoma más grave. Las enfermedades infecciosas van casi sin distinción acompañadas de fiebre. Un repentino descenso en la temperatura es de graves consecuencias. El curso de la fiebre es característico en algunas enfermedades, tales como el paludismo, la tifoidea, pulmo-

nía y tuberculosis. La temperatura normal de casi todas las personas es de 37° C.

Pulso.—Otro indicador importante del funcionamiento del cuerpo es el pulso. Las pulsaciones normales en un adulto ascienden a unas 72 por minuto; en los niños pequeños, a unas 100. Las pulsaciones de algunos adultos son más de lo normal; en otros, menos. Los puntos principales que debiera observar la enfermera en las pulsaciones son su frecuencia, su fuerza o volumen y su regularidad. Las pulsaciones aumentan en el dolor, la fiebre, la excitación, nerviosidad y el esfuerzo. En el curso de la enfermedad, si el pulso se vuelve rápido y débil, ello tiene un significado grave y debe notificarse en seguida de ello al médico.

Respiración.—El número de respiraciones realizadas por un adulto oscila entre 16 y 20 por minuto; en los niños, entre 30 y 35. Este número puede ser aumentado por la excitación, el esfuerzo o la enfermedad. Además de la frecuencia, debe observarse si la respiración es trabajosa, penosa, ruidosa o superficial. Este es un síntoma importante y debe ser observado y registrado al mismo tiempo que el pulso y la temperatura.

Cómo se toma la temperatura.—La temperatura puede ser tomada en la boca, la axila o el recto. Tratándose de adultos, y a menos que estén muy intranquillos o delirantes, o que existan otras condiciones que impidan el tener la boca bien cerrada por algunos minutos, generalmente se toma la temperatura en la boca. Si la boca está muy seca, se toma en otra parte. Tratándose de niños pequeños, no debe tomarse en la boca.

Para tomar la temperatura por la boca debe lavarse bien el termómetro, sacudirse para que baje el mercurio y colocarse el bulbo debajo de la lengua, donde se mantendrá durante tres minutos con los labios bien cerrados. Quítase el termómetro y anótase la temperatura antes de lavarlo con agua y luego con alcohol. El paciente no debe tomar nada caliente ni frío durante, por lo menos, veinte minutos antes de tomársele la temperatura.

En la axila: Séquese bien el sobaco, sacúdase el termómetro para que baje el mercurio, colóquese el bulbo en la axila, manténgase el brazo bien junto al cuerpo y sosténgaselo así por espacio de cinco minutos. La temperatura tomada en la axila es generalmente medio grado menor que la tomada en la boca.

En el recto: Esta es probablemente la temperatura menos variable y es medio grado más elevada que la temperatura tomada en la boca. Para tomarla debe tenerse un termómetro separado. Debe aceitarse el bulbo del termómetro, insertarse de tres a cuatro centímetros y conservarse así por tres minutos. No se suelta nunca el termómetro, especialmente en caso de niños o pacientes delirantes, pues podrían darse vuelta y el termómetro podría romperse en el recto.

Pulso.—Comúnmente el pulso se toma en la muñeca. Puede hallárselo en el frente de la muñeca del lado del pulgar. El paciente debe estar acostado y

cruzar el brazo sobre el pecho, en una posición fácil y relajada. La enfermera o persona que le ayuda debe, sin cambiar la posición del brazo del paciente, colocar dos o tres dedos (nunca el pulgar) sobre el pulso y contar durante un minuto entero o medio minuto. Para tomar el pulso y la respiración, se usará un reloj con segundero.

Respiración.—La respiración debe contarse cuando el paciente está durmiendo o cuando puede con-

tarse sin que él se dé cuenta de ello, puesto que la respiración se halla parcialmente bajo el dominio de uno y podría acelerarse o refrenarse perceptiblemente al fijar el pensamiento en ella. Una ocasión muy propicia para contarla es en seguida después de contar el pulso, antes de quitar los dedos de la muñeca. El paciente podrá entonces pensar que todavía se le está tomando el pulso y no notará que se está observando su respiración.



Tristes consecuencias de la falta de honradez

—¿Ya acabó de revisar la cuenta, Santiago?

—Sí, señor.

—¿Halló algún error?

—Sí; dos.

—¿A ver...? Permítame.

El joven entregó a su patrón la larga cuenta que éste había colocado sobre su escritorio para que la revisara.

—En el cálculo hay un error en perjuicio de ellos, y otro aquí en la suma.

—¿También en perjuicio suyo?

—Sí, señor.

El comerciante sonrió de una manera extraña, que llamó especialmente la atención del joven.

—Veinte pesos en perjuicio propio—dijo con grata sorpresa—. ¡Qué buenos dependientes han de tener!

—¿Corrijo las faltas?—interrogó el joven.

—De ninguna manera. Corrijan ellos sus propios errores. Nosotros no revisamos las cuentas para beneficio ajeno. Habrá tiempo de corregir esos errores cuando ellos los descubran.

Tan inesperada observación chocó al delicado sentimiento moral del joven. Era hijo de una pobre viuda, quien le había enseñado que era deber del hombre ser justo.

El señor Castro, comerciante a cuyo servicio estaba desde hacía pocos meses, era un viejo amigo de su padre y una persona en quien depositaba la mayor confianza. En realidad, Santiago le había considerado siempre como un hombre modelo y cuando había convenido en tomarle a su servicio, se consideró muy afortunado.

—“Corrijan ellos sus propios errores.” Estas palabras hicieron una fuerte impresión en la mente de Santiago Alsina. Cuando fueron por primera vez pronunciadas, y con el significado que entonces encerraban, ello le chocó, como dijimos; pero al meditar luego en ellas relacionándolas con la persona a quien su madre tenía en tan elevado concepto, empezó a creer que era permisible hacer tal

cosa en los negocios. Pocos días después que Santiago examinara la cuenta, se presentó para liquidarla un empleado de la casa que la había mandado. El muchacho, que estaba presente, esperó con interés para ver si el señor Castro hablaba del error. Pero no lo mencionó. Extendió un cheque por la suma establecida y recibió el recibo correspondiente.

Santiago se preguntó: “¿está bien?” Su conciencia le decía que no; y el hecho de que el señor Castro hubiese procedido así le preocupaba.

Su patrón tenía con él modales que conquistaron en seguida su corazón, y naturalmente, ello tendía a hacer de él un juez parcial de toda la conducta de aquél.

—¡Ojalá hubiese corregido aquel error—pensó más de una vez, cuando consideraba su buena suerte de haber encontrado ese empleo, y de tener un patrón tan bueno—. No parece justo, pero tal vez se haga así en los negocios.

Cierta día, se le envió a cobrar un cheque en el Banco. El cajero le entregó de más un billete de cincuenta pesos, el cual devolvió en seguida.

—El cajero me pagó cincuenta pesos de más—dijo al señor Castro al entregarle el dinero.

—¿De veras?—replicó éste, iluminándosele el semblante, y contó rápidamente los billetes; pero su animación se desvaneció al llegar al último.

—No hay error, Santiago—dijo con voz que revelaba desilusión.

—¡Oh! yo le devolví el billete, ¿no hice bien?

—Grandísimo estúpido—fué la respuesta—. ¿No sabes acaso que nunca se corrigen los errores de un Banco?

Santiago quedó confundido y avergonzado. A menudo ocurre que se siente más vergüenza por un error que por un crimen. En este caso el joven sintió una especie de mortificación por haber hecho lo que el señor Castro se complacía en llamar una estupidez y decidió no incurrir otra vez en ella.

Unos dos meses más tarde se le pagó cincuenta centavos de más al entregársele el sueldo de la quincena. Su primer impulso fué devolver la cantidad, cuando se presentaron a su mente las inolvidables palabras: "Corrijan ellos sus propios errores", y le hicieron vacilar. Argüir con el maligno es ir a la derrota.

—Pensaré en ello—se dijo—; si era correcto en un caso, lo será en otro. Si el señor Castro no corrige los errores que se hacen en su favor, tampoco se puede quejar cuando la regla obra en su contra.

El muchacho estaba lejos de sentirse cómodo. Sin embargo, no pudo resolverse a devolver el dinero, a lo menos entonces. Dejó pasar el tiempo y al fin lo gastó. El incidente se repitió y el joven no vacilaba ya en gastar los cincuenta centavos adicionales. "Corrija él sus propios errores", pensaba para tranquilizar su conciencia. Esta se fué acallando, y permitió que en su corazón se introdujera un mal consejero: el espíritu de codicia—latente en casi cada ser humano—, que le hacía desear aquello que no le era posible alcanzar.

Santiago era inteligente, y tenía buenas aptitudes comerciales, por lo cual el señor Castro lo ascendía rápidamente, y antes de cumplir los dieciocho años, ocupaba el puesto más importante de la tienda. Pero, además del arte comercial, Santiago aprendió de su patrón a ser poco honrado. Nunca olvidó la primera lección recibida en esta mala ciencia, y no sólo la aplicó una vez, sino centenares de veces en perjuicio del señor Castro. Ya no esperaba que se hicieran errores a su favor, sino que los provocaba en los varios y complicados manejos de una tienda en la cual se le tenía plena confianza. Se hizo hábil y malicioso, siempre alerta, siempre listo para despistar cualquiera tentativa que pudiese conducir al descubrimiento de su falsedad para con el patrón, quien continuaba teniéndole en la mayor estima.

Todo siguió sin contratiempo hasta que el joven tuvo veinte años, época en que fueron despertadas las sospechas del comerciante por una carta que le hablaba de un joven que no andaba en muy buenas compañías, y gastaba el dinero en una forma desproporcionada a su mediano sueldo. Para aquel entonces, Santiago ya había llevado a su madre a vivir a una casa cómoda y proveía generosamente a todas sus necesidades, lo cual había convencido a la buena señora de que, después de tan penosa lucha con el mundo, habían llegado para ellos días mejores.

Santiago estaba en su escritorio cuando el señor Castro recibió la carta. Este miró a su empleado después de leerla, y vio cambiar repentinamente su fisonomía. La volvió a leer, y el muchacho vio que su contenido le causó mal efecto. El señor Castro miró hacia el escritorio y sus ojos se encontraron; todo fué cuestión de un momento, pero la mirada que percibió Santiago alteró los latidos de su corazón.

Durante el resto del día hubo en los movimientos del señor Castro algo que perturbaba al joven.

Estaba bien a la vista que esa carta había despertado sospechas. ¡Cuán amargamente se arrepentía ahora ante el temor de que se le descubriese y castigase! La publicidad de su falta le arruinaría a él y hundiría a su madre viuda hasta el mismo sepulcro.

—¿No estás bien esta noche?—le preguntó la señora Alsina cuando, frente a él en la mesa, notó su rostro cambiado y su falta de apetito.

—¡Me duele la cabeza!

—El descanso te hará bien.

—Me acostaré un rato en el sofá de la sala.

La señora Alsina le siguió, y sentándose a su lado, le colocó su mano sobre la frente. ¡Ah! se necesitaba más que la presión amorosa de la mano de una madre para mitigar el dolor que sufría. El contacto de esa mano pura acreció su pena hasta lo indecible.

—¿Te sientes mejor?—preguntó su madre.

—No mucho—replicó él, y levantándose añadió: voy a dar un paseito.

—No salgas, Santiago—dijo la señora Alsina, presa de inquietud.

—Caminaré unas pocas manzanas, tal vez me haga bien—respondió Santiago, mientras salía a la calle, dejando a su madre con la impresión de que le aquejaba algo más que un dolor de cabeza.

Durante media hora, Santiago caminó sin propósito alguno, a no ser el de escapar a la presencia de su madre. Al fin, su caminata le llevó cerca de la tienda del señor Castro; y al pasar le sorprendió ver luz adentro.

—¿Qué querrá decir esto?—se preguntó, asaltado por un nuevo temor que le impulsó a escuchar junto a la puerta y las ventanas; pero no oyó nada.

—Algo ha de ocurrir—se dijo—. Si esto se descubre, ¿en qué acabará? ¡En la ruina! ¡Pobre madre!

El desgraciado joven siguió caminando durante dos horas, y volvió a su casa. Su madre le estaba esperando con mal disimulada ansiedad; y le preguntó si se sentía mejor. El le respondió que sí, pero de un modo que no hizo sino aumentar la inquietud que ella ya sentía, y pasó rápidamente a su pieza.

A la mañana siguiente, el rostro alterado de Santiago sobresaltó a su madre. El guardaba silencio y evadía todas las preguntas. Mientras estaban sentados a la mesa para el desayuno, alguien llamó a la puerta. Era un caballero que deseaba hablar con Santiago. El joven se levantó instantáneamente, y fué al vestíbulo, cerrando la puerta del comedor al pasar. La señora Alsina permaneció esperando la vuelta de su hijo. Le oyó regresar, pero no entró en el comedor, sino que volvió a la calle, y cuando hubo cerrado la puerta todo quedó silencioso. Cuando ella salió a ver, Santiago se había ido con la persona que viniera a buscarlo. Triste partida, por cierto.

El señor Castro había pasado la noche examinando las cuentas de Santiago y descubrió fraudes

que ascendían a miles de pesos. Ciegamente indignado, mandó un oficial a arrestarlo a la mañana temprano, y fué con este oficial con quien se alejó el muchacho del lado de su madre, para no volver más.

—¡Este pícaro yacerá en la cama que él mismo se ha tendido!—exclamó el señor Castro indignadísimo.

Hizo una exposición completa de los hechos, ante el Tribunal, y presentó tantas pruebas que el jurado no podía sino pronunciarse contra el culpable.

La madre de Santiago estaba presente y sollozó en voz alta al escuchar las pruebas de la culpabilidad de su hijo. El juez de turno dió oportunidad al joven para expresarse antes de pronunciar su condena. Todas las miradas se dirigieron al pálido y agitado muchacho, que se puso entonces de pie con esfuerzo, y dijo:

—¿Quisiera su señoría pedir a mi acusador que se acerque un poco más para que yo pueda ver a los dos a la vez?

Se accedió al pedido de Santiago, y después de mirar por unos instantes al señor Castro, se volvió al juez, y con calma dijo:

—Lo que quiero decir a su señoría es esto, y tal vez disculpe en algo mi delito, aunque nunca podrá justificarlo: entré en la tienda de este hombre siendo un muchacho inocente; si él hubiese sido honrado, hoy no me vería en la obligación de comparecer en vuestra presencia como reo.

El señor Castro apeló al Tribunal para que lo protegiese contra semejante declaración, pero se le ordenó que guardara silencio. Santiago siguió diciendo con voz firme:

—Pocas semanas después de ingresar en su tienda, repasé, por orden suya, una cuenta en la que encontré un error de veinte pesos.

El señor Castro se sonrojó notablemente.

—Veo que usted recuerda el incidente, y yo tengo motivos para recordarlo mientras viva. Le pregunté si debía corregir el error, pero usted contestó: "De ninguna manera; corrijan ellos sus propios errores; nosotros no revisamos las cuentas para beneficio ajeno."

Esa fué mi primera lección en la falta de honradez. Vi liquidar la cuenta, y el señor Castro se apropió de veinte pesos que no le pertenecían. Quedé estupefacto; tal proceder me pareció malo. Pero poco más tarde él me llamó estúpido por haber devuelto cincuenta pesos que me habían dado de más en el Banco al pagarme un cheque, y entonces...

—Solicito la protección de la corte—interrumpió el señor Castro.

—¿Es cierto lo que dice el joven?—preguntó el juez.

El señor Castro quedó confuso. Todos, jueces, abogados y espectadores estaban convencidos de que era culpable de haber hecho descair al infeliz joven.

—Poco después, al recibir mi salario hallé que

el señor Castro me había pagado cincuenta centavos de más. Estaba por devolvérselos cuando recordé su observación y me dije: "Corrija él sus propios errores", y guardé injustamente el dinero. El error se repitió en otras ocasiones, y yo no vacilé en aprovecharlo. Tales fueron mis primeros pasos en la senda que me condujo aquí. Si el señor Castro hubiera mostrado misericordia para conmigo, podría haber callado sin defenderme.

El joven se sentó y cubrió su rostro con las manos. Su madre, que estaba cerca, estalló en sollozos y extendiendo sus manos las colocó sobre la cabeza del muchacho, mientras decía:

—¡Pobre hijo mío!

Pocos ojos secos había en la sala del Tribunal. Después de un corto silencio el señor Castro habló:

—¿Se permitirá que mi reputación quede manchada por la palabra de un delincuente, señor juez?—preguntó.—¿Es justo?

—Si usted jura solemnemente que no es verdad, no sucederá tal cosa—dijo el juez.

Era la única oportunidad del desgraciado muchacho y el jurado se sintió humanamente inclinado a oírle. Santiago se puso de pie de un salto, y volviéndose pálido y con mirada escrutadora hacia el señor Castro exclamó:

—¡Jure usted, si se atreve!

El señor Castro consultó en voz baja a su abogado, y salió.

Después de una breve conferencia con sus colegas, el juez dijo, dirigiéndose al acusado:

—Considerando vuestra juventud y la tentación a la cual en tiernos años os visteis desgraciadamente sometido, el Tribunal os aplica la sentencia más leve, un año de prisión. Pero permitidme que os amoneste solemnemente contra cualquier paso ulterior en el camino que habéis tomado. El crimen no puede tener excusa válida. Es malo a la vista de Dios y del hombre; y sólo conduce al sufrimiento. Cuando volváis a salir, después de vuestro breve encarcelamiento, sea con la resolución de morir antes de cometer un delito.

Cayó el telón sobre esta triste escena de la vida del muchacho.

Cuando se volvió a levantar, y salió de la cárcel, su madre había muerto. Nunca la volvió a ver desde aquel día en que se borrara de su vista su rostro pálido, al salir de la sala del Tribunal.

Diez años después, el mismo muchacho, ahora hecho un hombre de rostro calmoso y serio, marcado por las huellas del sufrimiento, se hallaba leyendo en un diario una noticia que le hizo exclamar:

—¡Al fin se le ha hecho justicia! Convicto de la culpa de insolvencia, y enviado a la prisión del Estado. Era lo que le correspondía al hombre que en mis tempranos años me dió las primeras lecciones de fraude. Pero, gracias a Dios, he recordado las otras lecciones. He seguido el consejo que me diera el juez cuando leyó mi sentencia, y con la ayuda de Dios lo seguiré hasta el fin.

Imp. de A. Marzo.—San Hermenegildo, 32.—Madrid.